

PALABRAS DE HOMENAJE A DON ALBERTO WAGNER DE REYNA

Señores Miembros de la mesa,
Distinguida concurrencia,
Estimados amigos:

Agradezco esta oportunidad de sumarme con unas pocas palabras al homenaje que en esta ocasión rendimos a una de las figuras más emblemáticas de nuestra Universidad, el doctor Alberto Wagner de Reyna. Me es especialmente grato participar de esta ceremonia porque son variados los lazos de admiración y afecto que me unen a su nombre y recuerdo. Como estudioso de la filosofía, quiero rendir tributo al pensador y maestro que fue; como rector emérito de nuestra Universidad, quiero manifestar mi gratitud por sus contribuciones al crecimiento y prestigio de nuestra casa, aportes que se acrecientan póstumamente con la generosa donación de su biblioteca para el incremento de nuestros fondos bibliográficos; como peruano, deseo reconocer en al hombre de cultura que enriqueció la vida intelectual de una sociedad no siempre propicia a esos menesteres, así como al acertado diplomático que supo representar con aplomo los intereses de nuestra patria. Finalmente, como amigo, me complace recordar al cálido anfitrión y ameno conversador que tuve la fortuna de frecuentar ocasionalmente en el Perú y el extranjero.

Como se ve, no es fácil capturar en pocas palabras el significado de la vida de don Alberto Wagner de Reyna. La variedad de sus inquietudes y talentos nos habla de una vida compleja, rica en matices humanos e intelectuales, de la cual me propongo apenas capturar algunos atisbos para recordar junto con ustedes fragmentos de su legado a nuestra comunidad.

Filósofo, jurista, diplomático e historiador, Alberto Wagner de Reyna fue, sobre todo, un agudo pensador y un fino y preciso escritor que nos ha dejado testimonio de su saber en una obra bien medida, ni voluminosa ni exigua, sino acorde en sus proporciones y direcciones al espíritu meditativo de su autor. La creación de esta obra, sin embargo, no tuvo como resultado sustraerlo al mundo cotidiano, al ámbito de la acción pública; esta obra fue, en todo caso, el fundamento de una presencia pública responsable, prudente, asentada en criterios éticos robustos. El preciso pensador fue, en efecto, también un cabal ciudadano.

PALABRAS DE HOMENAJE A DON ALBERTO WAGNER DE REYNA

Es, tal vez, esta aleación de calidades intelectuales y morales, de inquietudes dirigidas al claustro y el mundo, de quehaceres asentados en el pensamiento y el trato afable con el prójimo, lo que nos obliga a buscar una forma más exacta de definir quién fue para nosotros don Alberto Wagner de Reyna. Tengo la convicción de que, apreciando en perspectiva la trayectoria que siguió su vida, mirándola con la distancia que nos permite una obra plena y acabada, las diversas dimensiones de esa existencia larga y fecunda que vengo evocando pueden resumirse en una expresión de apariencia simple pero en el fondo compleja y exigente: nuestro homenajeado fue, en esencia, un hombre sabio y bueno.

Naturalmente, al describirlo como un hombre *sabio* no tengo en mente las nociones de erudición, aguda inteligencia y rigor y coherencia en el pensar y el decir. Esas son, claro está, cualidades que sin duda poseyó, pero que difícilmente agotan el sentido posible de su sabiduría. Por esta quiero entender algo que envuelve y trasciende aquellos dones. Me refiero al fruto natural de quien aprendió a fondo experiencias definitorias y, a partir de allí, supo poner en acto lo que su maestro Heidegger señaló acerca de la existencia humana, el hecho de ser todos nosotros *seres-en-el-mundo-con-los-otros*; condición a la cual don Alberto quiso añadir una cualidad más: somos, según su esclarecedora concepción, seres *con-sed-de-infinito*; es decir, con una necesidad profunda de abrimos a la vivencia de lo absolutamente otro.

Este significativo giro que imprimió a la concepción heideggeriana de lo humano nos dice mucho sobre el perfil intelectual de Wagner de Reyna: nos habla de la originalidad de su pensamiento, de su renuencia a ser pasivo receptor de una doctrina, incluso de una tan admirada, respetada y asumida por él como lo fue la de Martin Heidegger. Sin negar lo aprendido de su maestro, hizo de las lecciones recibidas no el punto de llegada sino la estación de partida de una reflexión personalísima de naturaleza profundamente espiritual. En ella la aporía de la existencia humana, el misterio de nuestra contingencia —aquella que nos revela como seres finitos, arrojados al mundo, cercados por la angustia y abocados en última instancia a la muerte— encuentra una senda de redención. Esa senda fue hallada y proclamada por don Alberto en el terreno de la fe, la certera intuición de la trascendencia y, específicamente, el credo cristiano del amor.

Quiero detenerme un poco más en este punto. El autor de *Ser y Tiempo* propone que el camino del pensar conduce al hombre, finalmente, a comprender la metafísica como una historia que debe ser asumida para, en el momento de su finalización, trascenderla y acceder así a la serena e inefable meditación del Ser. Tal es la vía por la cual metafísica y ética se comunican, se encuentran en el pensamiento

de Heidegger. Para Wagner de Reyna ese camino podía ser diferente. Para él, el peregrinaje del espíritu humano estaba llamado a ser también punto de origen de una nueva y radical experiencia: la de nuestro acercamiento a lo divino. En efecto, frente a Dios, el pensamiento discursivo asume su profunda finitud y se abre así a otras vías que, sin negarlo, lo superan. Tal como dijo San Agustín: «la fe abre los ojos a la razón, la incredulidad los cierra». Sobre la base de esta enseñanza, fue claro para don Alberto que es a través de la fe, en ella y por ella, que el hombre llega a experiencias límite que le permiten disipar su angustia frente a la nada y, de este modo, trascender su existencia. Esto no tenía que ser, como es entendible, una renuncia a la razón, sino una fecundación de ella por obra del credo piadoso. La unión armoniosa de fe y razón —aleación que es, hay que recordarlo, sustancia de la identidad de la Universidad Católica— aparece así en el centro de las contribuciones filosóficas de Wagner de Reyna. Difícilmente podríamos imaginar, pues, un legado igualmente valioso para nuestra Casa.

Estas ideas, sencillas pero esenciales, fueron elaboradas y discutidas por don Alberto en diversos trabajos que siempre tuvieron la forma de un diálogo intenso, lúcido y a veces agónico, como lo es toda reflexión radical, con las raíces mismas de la tradición. Estas reflexiones, por último, recibieron su forma mejor acabada en esa suerte de testamento filosófico que es *Ensayos en torno a Heidegger*. Allí aparece ya depurada y facetada, ya encarnada en una forma comunicable, esto es, abierta al colega, conciudadano, discípulo o prójimo, una de sus más fértiles intuiciones, aquella que se constituyó en verdad, más que clara y distinta, auténtica y comprometida, y en la cual emuló la alta concepción del conocimiento que debemos a los medievales: «ir por encima de la scientia hacia la sapientia».

He mencionado también que don Alberto fue un hombre *bueno*. Y lo fue no solo por la generosidad que animaba su vivo pensamiento, sino también por la nobleza de sus actos, manifestaciones ambas de una personalidad íntegra y sin dobleces, que estuvo inspirada, en todo momento, por un fin superior que fue la búsqueda y el culto de la verdad.

Ese fin superior se encuentra subyacente a las diversas manifestaciones de sus talentos. Lo hallamos en su muy relevante producción académica y literaria, una obra signada por el rigor, por la medida, por la conciliación de belleza y precisión en el razonamiento y en la expresión, ya que fondo y forma son tan indisociables para el pensador como lo son para el artista. Encontramos también ese compromiso con la búsqueda de la verdad en la dimensión de su vida que reconocemos como más pública y centrada en su condición de ciudadano, de hombre de la *polis*: me refiero a su muy apreciable trayectoria diplomática, en la que se afanó

en hacer encarnar una concepción amplia y generosa de la política; esto es, el tratamiento de los asuntos públicos como una constante búsqueda de la paz y la justicia por medio del diálogo razonado, el obrar de buena fe, el reconocimiento caballeroso del otro y la defensa firme pero mesurada de lo propio, ateniéndose al imperio de la ley, al respeto de la palabra empeñada y al cumplimiento escrupuloso de los compromisos libremente contraídos.

Como he dicho, todas estas facetas de su personalidad intelectual y pública son expresión de una sola búsqueda y de un mismo afán: el acercamiento a la verdad, aquella instancia suprema que, vale la pena recordarlo en estas circunstancias, conjugaba, en la exigente concepción del Medioevo, al Ser, el Bien y la Belleza. Esa verdad, para él, se hallaba en la fe de Dios y, por este motivo, en *Bajo el jazmín*, su bello libro de memorias, nos recordaba con íntima convicción aquello que antes nos había señalado en sus trabajos sobre temas religiosos y teológicos, a saber, que «el sentido de nuestra vida no puede ser otro que el camino de la Jerusalén celeste, esa senda que por entre la espesura de tinieblas, opacidades y fracasos, nos abrió Jesús, el Verbo encarnado. Por esa vía encontramos tropiezos, dificultades, abismos y tentaciones, pero al transitar por ella sabemos que vamos sobre seguro, que el Norte no varía de lugar, y que al cabo de ella nos encontraremos nosotros mismos en el amor de Dios».

Ahora bien, las calidades humanas e intelectuales que vengo comentando no podrían explicarse sin una condición inseparable de la persona de don Alberto: la de haber sido a cabalidad lo que se conviene en llamar un humanista cristiano. Si el humanismo es, fundamentalmente, una perspectiva ética en la que los valores presiden y preceden a los hechos, el humanismo cristiano comprende que esos valores nos remiten en último término a la figura de Cristo, a las enseñanzas de nuestro Salvador tal y como ellas se encuentran expresadas, hechas Verbo; es decir, hechas vida, en el mensaje evangélico. Seguro de eso, quien elige seguir el camino del cristianismo, y, sobre todo, quien lo hace a plena conciencia, fundiendo en un solo movimiento el querer, el conocer y el obrar, asume su saber y las implicancias de ese saber como «una mirada comprometida desde lo alto». Me explico. Es una *mirada* en el sentido que los griegos otorgaban a la *theoria*: una contemplación no pasiva sino creadora, abarcadora, inclinada a unir armónicamente en un todo lo que se presenta como diverso. Y es una *mirada comprometida* en tanto que su agente, su portador, pone en ella caridad, amor, solidaridad, pues sabe que los seres humanos no aspiramos únicamente a alcanzar la verdad en un sentido cognitivo o discursivo, sino que ella es —valga la expresión— *verdadera* solo cuando nutre nuestra voluntad y anima una existencia que solo es tal en tanto coexistencia, es decir, *ser-con-los-otros*. Finalmente, esa *mirada*

comprometida es hecha desde lo alto no por una absurda pretensión de superioridad, sino porque en eso, en mirar desde las cumbres, avizorando la totalidad y evitando la ceguera que en ocasiones causa lo individual y lo concreto, consiste el verdadero conocimiento. Esa mirada desde lo alto que nos permite acceder, por tanto, a la percepción de la totalidad, de una amplitud de la cual somos siempre un minúsculo fragmento, esa mirada constituye, al fin y al cabo, una lección de humildad y un acicate de nuestros sentimientos de comunidad, elementos indisolubles de la ética cristiana.

Hay que decir que en esta manera de entender su quehacer, don Alberto no estuvo solo. Perteneció a ese linaje de intelectuales notables que han sabido unir a la excelencia de su saber, una fe sincera y un profundo amor por lo peruano. Para mencionar solamente aquellos nombres que más prestamente acuden a la memoria, quiero situar el recuerdo de Wagner de Reyna en la vecindad de Víctor Andrés Belaúnde, Rubén Vargas Ugarte, Carlos Arróspide de la Flor y Mario Alzamora Valdez, así como también lo hallo unido a las figuras de Félix Denegri Luna, Ernesto Alayza Grundy, Pedro Benvenuto Murrieta, Javier Pulgar Vidal, Guillermo Lohman Villena, nombres notables que son a la vez hitos de una tradición que hoy sigue viva en la persona de don José Agustín de la Puente Candamo, quien hoy nos acompaña en esta mesa. Todos ellos representan ejemplares trayectorias de vida honesta y fecunda puesta al servicio del país y sus gentes, y son, sobre todo, ejemplos de una existencia ajena a las tentaciones del poder egoísta, de la ambición material desmedida o del éxito degradado en vanidad y espectáculo.

El Perú se ha beneficiado sin duda de aquellos hombres, y en especial de la figura de don Alberto, no solo por el patrimonio intelectual y humano que le ha dejado sino porque en cada una de sus distintas legaciones diplomáticas supo dar a conocer rasgos señalados de nuestra cultura nacional. Y junto con la nación — es necesario decirlo —, se ha beneficiado también nuestra Universidad, pues si ella ha conseguido afirmarse finalmente como una institución de prestigio en la vida académica nacional e internacional, ha sido precisamente porque ha contado con hombres como él. Don Alberto guardó, por lo demás, una temprana y arraigada fidelidad a su *Alma Mater*: desarrolló en ella su breve pero brillante carrera docente; le ofreció con frecuencia sus primicias intelectuales, muchas de las cuales aparecieron con el sello del Instituto Riva Agüero; la sintió siempre como su hogar primero, tal como lo recordó en la ceremonia en que fue nombrado profesor emérito, y es claro que este sentimiento fue y es compartido por todos los que integramos esta comunidad.

PALABRAS DE HOMENAJE A DON ALBERTO WAGNER DE REYNA

Me permito, para acercarme al fin de estas reflexiones, una nota personal. Tuve la suerte y el privilegio de tratar a don Alberto Wagner de Reyna. Coincidíamos en la Universidad las no pocas veces en que volvía al Perú y acudía a nuestro claustro, y también en el extranjero, en especial en París, donde como embajador tenía la delicadeza de recibimos a Rosemary y a mí en nuestras ocasionales visitas a esa hermosa ciudad. En esas y otras oportunidades, pude comprobar lo que era una verdad evidente y bien sabida: que don Alberto combinaba armoniosamente y con asombrosa naturalidad el ejercicio de sus tareas diplomáticas, esto es, de hombre de Estado, con una entrega plena, siempre fresca, siempre inspirada por la pasión, a su vida familiar y amical. La amorosa dedicación a sus hijos y a Victoria, su compañera de toda la vida, son rasgos de su personalidad que, aunque tal vez demasiado privados, no quiero omitir en esta apresurada semblanza. En su trato mostraba una caballerosidad tan poco común en estos tiempos, que sumada a su honestidad acrisolada, hacía que se le atribuyera espontáneamente el calificativo de *gran señor*. Hacía gala además de una curiosa mezcla de rigor germano y humor criollo, así como de un claro, elegante, casi siempre ingenioso uso de nuestro idioma. De esos singulares dones de su personalidad pueden dar testimonio pleno sus libros, sobre todo aquellos de tono más sentido y de contenido más autobiográfico.

Por cierto, como muchos estudiantes de mi generación en Latinoamérica, debo a su *Ontología del ser en Heidegger* unos de mis primeros acercamientos al pensamiento del Maestro de Messkirche y, junto con ello, el haberme nutrido de otros importantes trabajos en los que don Alberto buscó iluminar las realidades concretas del quehacer filosófico de nuestro continente en general y del Perú en particular. Lamentablemente no tuve la ocasión de ser su alumno: cuando ingresé a la Universidad, él hacía ya algún tiempo que había dejado su labor como docente para dedicarse a la actividad diplomática. Me consta, sin embargo, que supo despertar más de una vocación filosófica durante su paso por las aulas, pues poseía la pasión del auténtico maestro, de aquel que, modulando la inquietud del discípulo, lo somete a la reflexión serena y metódica, no para que este se resigna a un saber rutinario o se someta a la repetición rígida de convenciones, como si fuera el heredero de una tradición petrificada, sino para que a partir de allí transite por un camino seguro y encuentre las vías abiertas, las rutas afirmadas, las señales incitadoras a la realización de sus propios hallazgos.

Estimados amigos, por todo lo expresado, no puedo ver sino con enorme satisfacción y entusiasmo genuino este reconocimiento que hoy, y en este año jubilar, la Universidad Católica le tributa con ocasión de un hecho muy especial: la donación de su biblioteca al claustro que lo formó. Pienso que el hecho de que

Salomón Lerner Febres

un intelectual legue sus amados libros constituye, además de un gesto de excepcional desprendimiento, el símbolo de un don intangible y muy significativo. Borges afirmó que un escritor vale más por lo que lee que por lo que escribe, y también que la biblioteca de un hombre es espejo y cifra de su itinerario mental y, por lo tanto, de su espíritu. Al hacernos este hermoso regalo, don Alberto Wagner de Reyna nos entrega, pues, una parte sustancial de lo que fue su presencia en el mundo. Si a ello agregamos el hecho de que se cultivó en estas aulas, que prodigó en ellas su saber y su amistad y que, más allá de las distancias físicas, nunca se desligó de su *Alma Máter*, en particular de este hogar intelectual que es el Instituto Riva Agüero, podemos decir que el círculo está completo. Mucho de todo aquello bueno y noble que fue don Alberto se queda aquí en la Universidad Católica, su Casa, nuestra Casa. Al momento de expresar nuestro reconocimiento debemos también proclamar el compromiso de hacer que su legado intelectual fructifique en nuestro claustro y que su memoria permanezca siempre en un lugar privilegiado de nuestros afectos.

Muchas gracias.

Salomón Lerner Febres
Rector Emérito

L.07.06.2007